



La mujer sin cabeza

Luis Trochón y Alberto Muñoz en Teatro de la Alianza Francesa

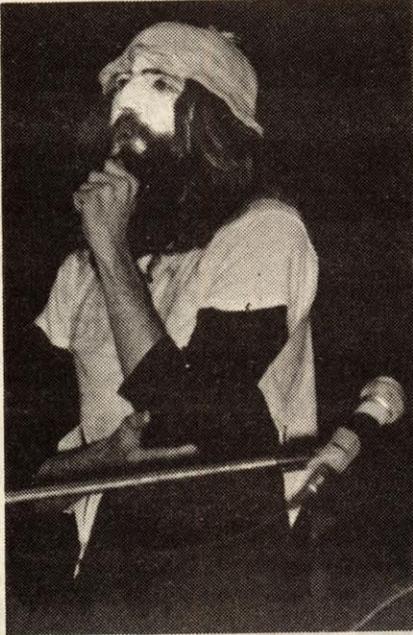
El matrimonio artístico **Luis Trochón-Alberto Muñoz** no ha nacido, por supuesto, producto de una mera casualidad: es evidente que, en términos estéticos, tanto **forma** y **fondo** se resumen en una sola cabeza que son dos y que, en este espectáculo efectuado recientemente en la Alianza Francesa, la mutación ha sido un tanto provocadora ya que nos enfrentamos a una mujer y, para colmo, sin cabeza.

En el caso del argentino **Alberto Muñoz**, la realidad —despiadada como siempre— lo ha apartado del **show business** de su país, e inexplicablemente, no sólo no ha podido acceder al disco, sino que además es prácticamente un desconocido, aunque su pulso artístico esté ligado a una de las experiencias más coherentes y libres de los últimos años.

Los argentinos —lo dice este humilde crítico uruguayo que ha seguido atentamente las marchas y contramarchas del proceso musical de la vecina orilla— padecen de mala memoria: Alberto Muñoz integró aquel formidable grupo de más de cincuenta personas que se le conoció como MIA (Músicos Independientes Asociados) y que, hacia fines de los años 70, removió la anemia compositiva de Buenos Aires.

Quizás la figura más emergente del grupo mencionado, haya sido el excepcional tecladista **Lito Vitale**, pero MIA en lo global y conceptual obtuvo logros importantísimos: no sólo brindó recitales memorables de tono experimental, sino que además produjo ciclo de charlas referentes al proceso musical contemporáneo (ciclos apoyados con audiovisuales) y obras teatrales, entre las que se destacó, precisamente, "**La compañía del circo mágico**" dirigida por Muñoz y saludada efusivamente por la crítica especializada. (El estreno de esta obra les valió una reunión, por la similitud temática, en 1981, con el brasileño **Egberto Gismonti**, que por aquellos días presentaba en Bs. As. su disco "**Circense**").

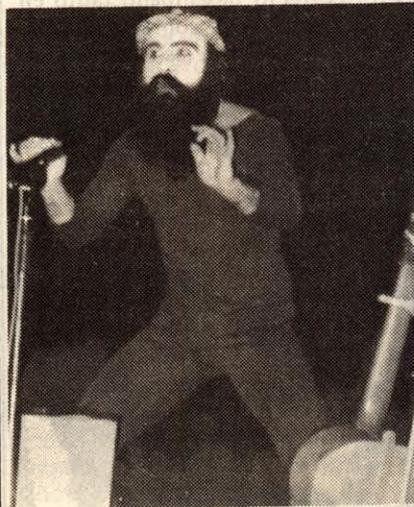
"**La mujer sin cabeza**" es, sin duda alguna, un espectáculo minuciosamente estructurado —el filtro de la



razón actuó poderosamente en los engranajes que le dan vida— que busca romper el **establishment** de todo espectáculo.

Hay originalidades vacías, y originalidades que van acompañadas de una tónica concomitante: en el caso de este espectáculo, la segunda opción es la más aproximada. "**La mujer sin cabeza**" presenta a sus dos protagonistas mimetizando la música, la intención poética y el discurso decididamente teatral.

Y al primer vistazo —los dos com-



positores manejando el espacio físico del escenario a su antojo— todo parece indicar que la soltura desenfadada y la improvisación, van a marcar el tono del espectáculo, pero no es así: todo está "**fríamente calculado**", y en consecuencia, lo que se dialoga o se canta está regido por un índice conceptual previamente establecido.

De todos modos, el espectáculo posee claves poéticas —sobre todo en Muñoz que conjuga el humorismo y lo lírico con absoluta eficacia— que golpean, anárquicamente, por la contundencia en el registro del contexto social que se está denunciando.

Allí, la canción de **Luis Trochón** gana en alcance: la mínima utilización de adjetivos y metáforas, y en ocasiones, el teñido anafórico— lo que hace que los textos sean insistentes, obsesivos en su discurso—, determinan un flujo poético realmente intenso y avasallante.

Lo fascinante en Alberto Muñoz no es sólo su voz —que por momentos es la de una niña, la de un trabajador o increíblemente el bullicio de la muchedumbre— y sus signos poéticos, sino el manejo de su cuerpo: lo gestual —en sus diversos matices—, las manos que suben y bajan con lentitud inquietante, las idas y venidas en el escenario, son el sustento medular del contenido de su propuesta.

También es el caso de Trochón, pero en esta zona peca de inexperiencia: su actividad, llamémosle teatral, es por momentos torpe y acartonada, aunque no naufraga.

Es un espectáculo, sí distinto y desafiante, poéticamente riguroso e intelectualmente germinal e incitante. De todos modos, hay un reparo que necesariamente debemos señalar: la intransigencia —en el plano estrictamente musical— evidenciada por la pareja, de no apegarse a las fórmulas tradicionales de canción popular, quizás provocaron en el oyente no iniciado un largo bostezo. En fin, a pesar de la "no complacencia", Muñoz-Trochón: una baladita, de vez en cuando, no vendría mal.

No obstante el pequeño reparo, este espectáculo es uno de los más significativos en lo que va del año.